

## INAUGURACION DEL BUSTO DEL DOCTOR ALBERTO ADRIANI

Con la colaboración del Centro Simón Bolívar, en el aniversario de su nacimiento, Caracas le rinde homenaje justiciero al Dr. Alberto Adriani al erigir en sitio privilegiado, su esfinge en bronce, esculpida por la gran escultora Ana Avalos, que se devela el viernes 14 de junio de 1991 con las hermosas palabras pronunciadas por el Dr. Rafael Armando Rojas quien casi al final de su discurso afirma:

*“... aquí debería acudir la juventud—aquella que es esperanza para el futuro de la patria— a inspirarse y robustecerse al calor de su pensamiento, que a su vez, tuvo como fuente suprema de inspiración y de aliento, el ideario del Libertador Simón Bolívar...”*



Aquel 10 de agosto de 1936 fue un día aciago para Venezuela, se apagó de súbito la luz que permanecía encendida hasta la alta madrugada en el Despacho del joven Ministro y con ella murió una esperanza. La gran esperanza que había cifrado el país en la inteligencia, honestidad, infatigable espíritu de trabajo y en la gran pasión venezolana que alentaba en el noble corazón de Alberto Adriani.

Nacido en un escondido pueblecito de las montañas merideñas, hijo de inmigrantes italianos de la isla de Elba, este venezolano de primera generación amó y padeció a Venezuela como pocos venezolanos con raíces bien enterradas en el solar nativo. Bien viene aquí las palabras de Arturo Uslar Pietri, su amigo y colaborador “Ni los caciques surgidos de una raza contemporánea del Padre Orinoco, ni los hombres que a puro heroísmo ganaron la independencia ni los descendientes de los más antiguos colonos, han sido venezolanos, de modo más funcional y sustantivo, que este hijo de italianos”.

Venezuela fue siempre el Norte y la meta de su vida. En sus primeros cuadernos de estudiante Venezuela constituye el centro de sus afanes y preocupaciones. Este amor a la patria es la fuerza que lo alienta y lo empuja a trabajar, sin tregua ni descanso en la tarea que se impuso desde su adolescencia, de adquirir una sólida preparación científica, para el momento en que le tocaría actuar a su generación al salir el país del túnel de la dictadura.

En las frías y neblinosas noches merideñas, en largas conversaciones con sus amigos, el país y la carga de calamidades que lo agobiaban, era el tema obligado de esos coloquios.

Por aquellos días leía y comentaba con Mariano Picón Salas, su amigo, los libros de dos grandes argentinos: Domingo Faustino Sar-

miento y Juan Bautista Alberdi. “Mis preferencias —escribe Picón Salas—, estaban por Sarmiento; las de Adriani por aquel estilo un poco enjuto pero lleno de claridades de Don Juan Bautista Alberdi. Tu debes ser el Alberdi de Venezuela le dije un día— debes escribir la “Bases” de nuestra nueva República”. Ambos estaban en contra de la retórica y el floripondio que han escondido tanto tiempo la realidad venezolana. Era necesario inventariar “como lo hizo Alberdi en Argentina, hace tantos años, las posibilidades de nuestra existencia nacional, crear una técnica, imponer un orden, que no es el orden sepulcral del gomecismo--- sino el orden de la inteligencia creadora”.

El vaticinio de Picón Salas se cumplió. En los escritos de Adriani se encuentran como en el libro del argentino, las bases de una nueva Venezuela. Insiste en la necesidad de levantar un gran inventario de nuestras necesidades. “Es preciso contar y medir en este espacio vacío hay que construir un granero, en este pozo pútrido debe circular el agua fresca. Y sin perdersen en un combate doctrinario, en la metafísica beligerante de las teorías políticas, nuestro problema es de limpiar, de sanear, de contar y organizar bien”.

Lamentablemente nos olvidamos de verdades tan elementales y sustantivas que nos hubieran conducido a un desarrollo normal y armónico y lo que hemos construido es un gigante con pies de barro, con empresas fabulosas que producen cuantiosas pérdidas a la nación. Hemos creado dos Venezuelas: la de la riqueza fácil y fraudulenta y la del rancho, el hambre y el desamparo.

En aquel grupo privilegiado, sobresalían la clara y precisa inteligencia de Adriani, la pasmosa erudición de Picón Salas y el ímpetu revolucionario de Leopoldo Ortega Lima, quien sucumbió un día cualquiera, envuelto en la bandera de su ingenuo y ardiente idealismo.

La Venezuela de sus sueños estaba para aquellos jóvenes todavía lejana. Pero la muerte del Dictador no podría sorprenderle con las manos vacías.

Desde su llegada a Mérida, se dedicó a preparar la tesis, que exigía la nueva Ley de Educación del Ministro Guevara Rojas, para obtener el título de Bachiller. Ya que en este primer trabajo, escrito a los dieciocho años, se advierte una extraordinaria capacidad para el análisis de las cuestiones de índole filosófica. El estudio de la Filosofía que siempre cultivó, como medio eficiente para disciplinar su mente, le proporcionó una gran agilidad y destreza en el manejo de los problemas económicos y sociales que estaban en la raíz de su verdadera vocación.

No existía en la Venezuela de entonces este estudio como disciplina universitaria. Al trasladarse a Caracas, se inscribe en la facultad de Derecho. Entre los profesores tuvo la fortuna de encontrar un gran maestro, el Dr. Esteban Gil Borges, entonces Canciller de la República. Su segundo gran maestro. El primero lo había tenido en Zea, en la persona del Bachiller Félix Román Duque de la estirpe de los Agustín Avelado, de los Egidio Montesinos y de los Jaúregui Moreno quienes, en diversos rumbos del país, formaron generaciones de hombres útiles a la patria.

Gil Borges quiere aprovechar los talentos de Adriani y lo lleva a la Cancillería. El 19 de Abril de 1921, con motivo de la inauguración de la estatua del Libertador en Nueva York, lo nombra Secretario de la Delegación presidida por el propio Canciller. Es su primer contacto con la gran nación del Norte cuyas instituciones democráticas le impresionan favorablemente, así como el formidable progreso material fruto del trabajo, del ingenio y de la buena administración de los recursos. Al regresar a Caracas lo nombra Cónsul en Ginebra. Poco tiempo después, el nuevo Canciller Pedro Itriago Chacón, lo designa Secretario de la Delegación de Venezuela en la Sociedad de las Naciones; es el puesto ideal para un joven estudioso y observador, el gran mirador para seguir los grandes cambios que se están operando en la Europa de la post-guerra. La Delegación la integran tres sobresalientes diplomáticos venezolanos César Zumeta, quien la preside, Diógenes Escalante y Carracciolo Parra Pérez.

Los años de Ginebra fueron fecundos y decisivos para su formación. Cursa estudios de Economía en su Universidad, hasta culminar

la carrera, analiza los informes que producen las diversas secciones de la Sociedad de las Naciones, -con especial énfasis los relacionados con la situación social y económica de los países. Se entusiasma con la regeneración de la Checoslovaquia de Benes y Masarik, con el asombroso proceso de restructuración de Alemania bajo la égida del viejo Mariscal Hindenburg y el verbo iluminado de Walter Ratenau, el judío alemán quien vio con lucidez las posibilidades que se ofrecían a la nación mediante nuevas formas de vida.

Terminada la experiencia ginebrina decide trasladarse a Londres para ampliar sus conocimientos en la patria de Smith y de Ricardo cuyos libros había leído en Mérida. Gil Borges quien desempeña el cargo de Sub-Director de la Unión Panamericana le ofrece el de Jefe de una recién creada Sección Agrícola. Adriani quien ha pasado ocho años seguidos en Europa considera que ha llegado la hora de empezar a actuar. Siempre le han interesado los problemas relacionados con la Agricultura y la Cría -esas dos fuentes primordiales de la riqueza de las Naciones. Acepta el cargo y se instala en Washington en el centro mismo del organismo que observa, coordina y asesora las relaciones de los países de este Continente. Este paso por Washington le ofrece la oportunidad de conocer a fondo la situación agrícola de nuestros países y entrar en contacto con expertos en la materia. Pero no hace oídos sordos al llamado de la tierra y en 1931 decide regresar y retirarse a Zea. Tiene 33 años y el presentimiento de que se acerca el momento de comenzar a actuar en el gran programa de regeneración nacional. Picón Salas compara este retiro con el de Bismarck en Pomerania. "Estaba llamado a ser en nuestra tierra el gran estadista creador, -escribe, el hombre que lleva su verdad y su destino por sobre toda otra contingencia, por sobre las tumbas adelante, como en el verso goethiano".

En el apacible pueblo natal, comparte el tiempo entre el cultivo de las tierras de su familia en el Alto Escalante, con el estudio del acontecer nacional e internacional y una intensa actividad epistolar. De Zea llegan y de Zea salen cartas para algunos de sus amigos venezolanos que compartían sus angustias y sus proyectos. Mariano Picón Salas, el más constante de sus corresponsales, Manuel Egaña, Luis Loreto, Julio Planchart, Amenodoro Rangel Lamus y su coterráneo y amigo de

infancia Rafael Angel Rondón Márquez, historiador y periodista, a quien debemos tantas hermosas páginas escritas después de la muerte de Adriani.

Con la desaparición del dictador se anuncia un nuevo amanecer para el país. López Contreras, el nuevo Mandatario, animado de los mejores propósitos, quiere gobernar con los mejores hombres. Llegó para Adriani el momento esperado por más de veintitres años. Las ideas pensadas y repensadas por largo tiempo encuentran ahora terreno abonado. Citemos de nuevo a un testigo excepcional. Arturo Uslar Pietri, “El destino acababa de poner en sus manos la palanca con la que podría alterar el ritmo fatal de nuestra historia. La hacienda pública, cuya estructura arcaica contraría y comprime la economía venezolana, iba a recibir la formidable renovación que haría de ella el instrumento de una vasta y decisiva transformación nacional”.

Pero, añadimos, ese mismo destino caprichoso y muchas veces cruel, cortó de manera sorpresiva, aquella vida noble y útil cuando apenas llevaba pocos meses al frente de importantes responsabilidades.

En este nuevo aniversario de su nacimiento, Caracas, la ciudad que guarda sus cenizas, le rinde, con la colaboración del Centro Simón Bolívar, este justiciero homenaje, al erigir en sitio privilegiado, su esfinge en bronce, obra de la gran escultora Ana Avalos, quien ha sabido interpretar, con su fina sensibilidad, el gesto gallardo y firme de Alberto Adriani. Aquí debería acudir la juventud –aquella que es esperanza para el futuro de la patria– a inspirarse y robustecerse al calor de su pensamiento, que a su vez, tuvo como fuente suprema de inspiración y de aliento, el ideario del Libertador Simón Bolívar. Adriani tuvo siempre presente como norma de su vida aquella sentencia de oro de Bolívar: “saber y honradez no dinero es lo que se requiere para el ejercicio del poder público”. Máxima siempre viva y más que nunca necesaria en esta Venezuela desorientada, confundida y debilitada por la pérdida de los valores morales que constituyen pilar fundamental en la vida de las naciones”.

